

THE JUNGLE BOOK



RUDYARD KIPLING

El libro electrónico de Proyecto Gutenberg deEl libro de la selva

Este libro electrónico es para el uso de cualquier persona en los Estados Unidos y la mayoría de las otras partes del mundo sin costo y con casi ninguna restricción en absoluto. Puedes copiarlo, dárselo a alguien o reutilizarlo bajo los términos de la licencia de Proyecto Gutenberg incluida con este libro electrónico o en línea en www.gutenberg.org. Si no estás ubicado en los Estados Unidos, debes verificar las leyes del país en el que te encuentras antes de usar este libro electrónico.

Título: El libro de la selva

Autor: Rudyard Kipling

Fecha de lanzamiento: Enero 16, 2006 [libro electrónico #236]

Actualizado más recientemente: Mayo 1, 2023

Idioma: Inglés

*** INICIO DEL LIBRO ELECTRÓNICO DE PROYECTO
GUTENBERG EL LIBRO DE LA SELVA ***

EL LIBRO DE LA SELVA

Por Rudyard Kipling



“Little Toomai se acostó cerca del gran
cuello para que un rama que se balanceara
no lo lanzara al suelo.”



Mowgli y el lobo solitario

Contenido

[Los hermanos de Mowgli](#)

[Canción de caza del paquete Seeonee](#)

[La caza de Kaa](#)

[Canción de caravana del Bandar-Log](#)

[“Tigre! Tigre!”](#)

[La canción de Mowgli](#)

[El foca blanca](#)

[Lukannon](#)

[“Rikki-Tikki-Tavi”](#)

[El canto de Darzee](#)

[Toomai de los elefantes](#)

[Shiv y la grulla](#)

[Los sirvientes de Su Majestad](#)

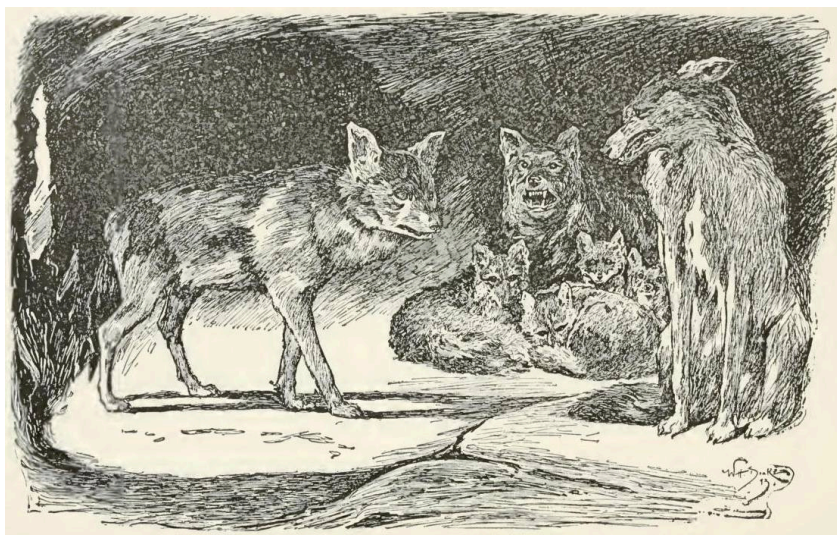
[Canción de desfile de los animales del campamento](#)



Los hermanos de Mowgli

Ahora Rann el halcón trae la noche
Que Mang el murciélago libera—
Los rebaños están encerrados en establo y cabaña
Pues estamos libres hasta la mañana.
Esta es la hora de la orgullosa y poderosa,
Garra y asta y garras.
¡Escucha el llamado!—Buena caza a todos
Que mantengan la ley de la selva!
Canción de noche en la selva

Era la siete de la tarde de una noche muy cálida en las colinas de Seeonee cuando el lobo padre se despertó de su descanso diario, se rascó, se estiró y extendió sus patas una detrás de la otra para librarse del sentimiento adormilado en sus puntas. La loba madre yacía con su gran nariz gris caída sobre sus cuatro cachorros tumbados y chillando, y la luna brillaba en la entrada de la cueva donde vivían todos. “Augrh!” dijo el lobo padre. “Es hora de cazar de nuevo.” Estaba a punto de saltar cuesta abajo cuando una sombra pequeña con una cola peluda cruzó el umbral y susurró: “Buena suerte te acompañe, O Jefe de los Lobos. Y buena suerte y dientes blancos fuertes acompañen a los niños nobles para que nunca olviden a los hambrientos en este mundo.”



“Buena suerte te acompañe, O jefe de los lobos.”

Era el chacal—Tabaqui, el Lamer de platos—y los lobos de la India desprecian a Tabaqui porque correteaba haciendo travesuras, contando historias y comiendo papeles y pedazos de cuero de los montones de basura de la aldea. Pero también tienen miedo de él, porque Tabaqui, más que nadie en la selva, tiende a volverse loco, y entonces olvida que alguna vez tuvo miedo de nadie, y corre por el bosque mordiendo todo lo que encuentra en su camino. Incluso el tigre huye y se esconde cuando el pequeño Tabaqui se vuelve loco, porque la locura es la cosa más deshonrosa que puede ocurrir a un animal salvaje. Lo llamamos hidrofobia, pero ellos lo llaman dewanee—la locura—y huyen.

“Pasa, entonces, y mira,” dijo el lobo padre con rigidez, “pero aquí no hay comida.”

“Para un lobo, no,” dijo Tabaqui, “pero para alguien tan miserable como yo, un hueso seco es una buena comida. ¿Quiénes somos, los Gidur-log [el pueblo de los chacales], para elegir y elegir?” Se arrastró hacia la parte posterior de la cueva, donde encontró el hueso de un ciervo con un poco de carne, y se sentó mordisqueando el extremo con alegría.

“Muchas gracias por esta buena comida,” dijo, lamiendo sus labios. “¿Cuán hermosos son los niños nobles! ¿Cuán grandes son sus ojos! Y tan jóvenes también! En efecto, en efecto, podría haber recordado que los hijos de los reyes son hombres desde el principio.”

Ahora, Tabaqui sabía tan bien como cualquier otro que hay nada tan desafortunado como elogiar a los niños a sus caras. Le gustaba ver a la loba y al lobo padre mirar incómodos.

Tabaqui se sentó quieto, regocijándose en la maldad que había hecho, y luego dijo con malicia:

“Shere Khan, el Grande, ha cambiado sus terrenos de caza. Lo buscará en estas colinas durante la próxima luna, así me lo ha dicho.”

Shere Khan era el tigre que vivía cerca del río Waingunga, a veinte millas de distancia.

“No tiene derecho!” comenzó a decir el Lobo Padre con ira—“Según la Ley del Jungle no tiene derecho a cambiar sus cuarteles sin previo aviso.

Lo asustará a cada cabeza de caza dentro de diez millas, y yo—yo tengo que matar para dos, estos días.”

“Su madre no lo llamó Lungri [el Cojo] por nada,” dijo la Loba Madre en voz baja. “Ha sido cojo en un pie desde su nacimiento. Eso es por qué ha matado solo a vacas. Ahora los villadores del Waingunga están enfadados con él, y ha venido aquí para hacer enfadar a nuestros villadores. Lo buscarán por todo el jungle cuando esté lejos, y nosotros y nuestros niños debemos correr cuando el pasto esté en llamas. De hecho, estamos muy agradecidos a Shere Khan!”

“¿Le diré a él de tu gratitud?” dijo Tabaqui.

“¡Fuera!” dijo el Lobo Padre con brusquedad. “Fuera y caza con tu amo. Has hecho bastante daño para una noche.”

“Voy,” dijo Tabaqui en voz baja. “Pueden escuchar a Shere Khan abajo en los matorrales. Podría haberme ahorrado el mensaje.”

El Lobo Padre escuchó, y abajo en la valle que bajaba a un pequeño río escuchó el ronroneo seco, iracundo, gruñón, canturreante de un tigre que no ha cogido nada y no se importa si todo el jungle lo sabe.

“El tonto!” dijo el Lobo Padre. “Comenzar una noche de trabajo con ese ruido! ¿Piensa que nuestros ciervos son como sus gordos bueyes Waingunga?”

“H’sh. No es buey ni ciervo lo que busca esta noche,” dijo la Loba Madre. “Es Hombre.”

El ronroneo había cambiado a un tipo de ronroneo que parecía venir de cada cuarto del compás. Era el ruido que confunde a los talaforesteros y a los gitanos que duermen al aire libre, y los hace correr a veces hacia la boca del tigre.

“Hombre!” dijo el Lobo Padre, mostrando todos sus dientes blancos. “Asco! ¿No hay suficientes escarabajos y ranas en los estanques que tenga que comer Hombre, y en nuestro suelo también!”

La Ley del Jungle, que nunca ordena nada sin una razón, prohíbe a cada bestia comer Hombre excepto cuando está matando para enseñar a sus

crías a matar, y entonces debe cazar fuera de los terrenos de caza de su manada o tribu. La razón real de esto es que el matar a Hombre significa, más tarde o temprano, la llegada de hombres blancos en elefantes, con armas, y cientos de hombres morenos con gongs y cohetes y antorchas. Luego todos en el jungle sufren. La razón por la que los animales dan entre sí es que Hombre es el más débil y más indefenso de todos los seres vivos, y es inverosímil tocarlo. Dicen también—y es verdad—que los comedores de Hombre se vuelven mangosos, y pierden sus dientes.

El ronroneo se hizo más fuerte, y terminó en el “Aaarh!” completo del tigre cargando.

Luego hubo un aullido—un aullido no tigre—de Shere Khan. “Ha fallado,” dijo la Loba Madre. “¿Qué es?”

El Lobo Padre corrió un poco y escuchó a Shere Khan murmurando y gruñendo furiosamente mientras se revolcaba en el matorral.

“El tonto ha tenido más sentido que saltar a una hoguera de un talaforester y se ha quemado los pies,” dijo el Lobo Padre con un gruñido. “Tabaqui está con él.”

“Algo está subiendo por la colina,” dijo la Loba Madre, moviendo una oreja. “Prepárate.”

Los matorrales se movieron un poco en el matorral, y el Lobo Padre se cayó con sus caderas debajo de él, listo para su salto. Luego, si hubieras estado mirando, habrías visto la cosa más maravillosa del mundo—el lobo se detuvo en medio de su salto. Hizo su salto antes de ver qué era a lo que estaba saltando, y luego trató de detenerse. El resultado fue que se elevó recto en el aire por cuatro o cinco pies, aterrizando casi donde dejó el suelo.

“Hombre!” dijo con brusquedad. “Un cachorro de Hombre. Mira!”

Directamente delante de él, agarrándose a una rama baja, estaba un bebé moreno nudo que apenas podía caminar—tan suave y tan arrugado como un pequeño átomo que hubiera llegado a la cueva de un lobo por la noche. Miró hacia la cara del Lobo Padre y se rió.

“¿Es un cachorro de hombre?” dijo la Madre Loba. “Nunca lo he visto. Traédmelo aquí.”

Un lobo acostumbrado a mover a sus propios cachorros puede, si es necesario, morder un huevo sin romperlo, y aunque las mandíbulas del Padre Lobo cerraron justo sobre la espalda del niño, no una sola diente incluso raspó la piel mientras lo ponía entre los cachorros.

“¿Cómo pequeño! ¿Cómo desnudo, y—¿cómo valiente!” dijo la Madre Loba suavemente. El bebé estaba empujando su camino entre los cachorros para acercarse al calor de la piel. “Ahai! Está tomando su comida con los demás. Y así, este es un cachorro de hombre. Ahora, ¿hubo alguna vez un lobo que pudiera presumir de un cachorro de hombre entre sus hijos?”

“He oído ahora y entonces de cosas así, pero nunca en nuestro Paquete o en mi tiempo,” dijo el Padre Lobo. “Está completamente sin pelo, y podría matarlo con un toque de mi pie. Pero mira, mira hacia arriba y no tiene miedo.”

La luz de la luna fue bloqueada de la boca de la cueva, ya que la gran cabeza cuadrada y los hombros de Shere Khan se metieron en la entrada. Tabaqui, detrás de él, estaba chillando: “Mi señor, mi señor, se metió aquí!”

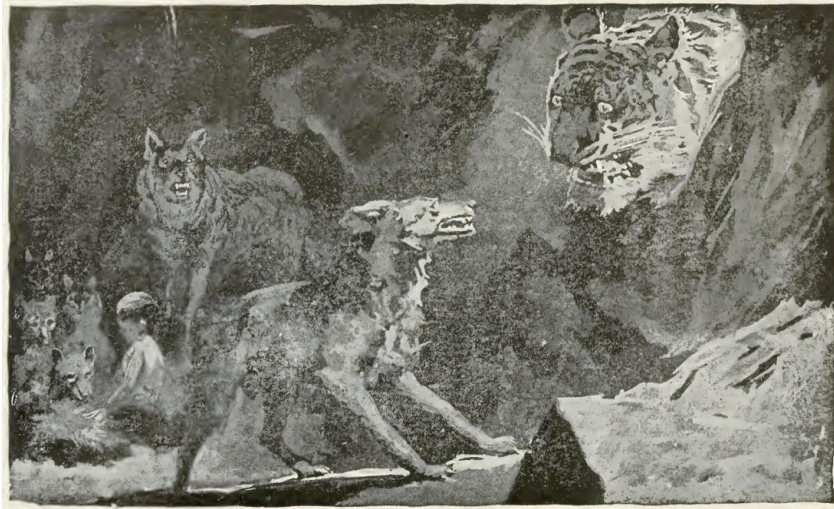
“Shere Khan nos hace un gran honor,” dijo el Padre Lobo, pero sus ojos estaban muy enojados. “¿Qué necesita Shere Khan?”

“Mi presa. Un cachorro de hombre fue por aquí,” dijo Shere Khan. “Sus padres se han ido corriendo. Dámelo.”

Shere Khan había saltado a una hoguera de un leñador, como había dicho el Padre Lobo, y estaba furioso por el dolor de sus pies quemados. Pero el Padre Lobo sabía que la boca de la cueva era demasiado estrecha para que un tigre entrara. Incluso donde estaba, los hombros y las patas delanteras de Shere Khan estaban apretados por falta de espacio, como lo estarían las de un hombre si intentara luchar en un barril.

“Los Lobos son una gente libre,” dijo el Padre Lobo. “Toman órdenes del Jefe del Paquete, y no de cualquier carnívoro de rayas. El cachorro de hombre es nuestro—para matarlo si lo elegimos.”

“¡Tú eliges y no eliges! ¿Qué habla es esta de elegir? ¡Por el toro que maté, ¿debo quedarme oliendo en tu den de perros para mis justos derechos? ¡Es yo, Shere Khan, quien habla!”



El rugido del tigre llenó la cueva con trueno.

El rugido del tigre llenó la cueva con trueno. La Madre Loba se sacudió a los cachorros y se lanzó hacia adelante, sus ojos, como dos lunas verdes en la oscuridad, enfrentando los ojos encendidos de Shere Khan.

“Y es yo, Raksha [El Demonio], quien responde. El cachorro de hombre es mío, Lungri—mío para mí! No será matado. Vivirá para correr con el Paquete y para cazar con el Paquete; y al final, mira, caza de pequeños cachorros desnudos—comedor de ranas—matador de peces—él cazará a ti! Ahora, vete, o por el Sambhur que maté (no como carne a los ganado hambriento), ¡vete a tu madre, bestia quemada del bosque, más lenta que cuando entraste en el mundo!”

El Padre Lobo miró asombrado. Había casi olvidado los días en que ganó a la Madre Loba en una lucha justa de cinco otros lobos, cuando ella corría en el Paquete y no se llamaba El Demonio por complacencia. Shere Khan podría haber enfrentado al Padre Lobo, pero no podía enfrentarse a la Madre Loba, porque sabía que donde estaba ella tenía la ventaja del terreno y lucharía hasta la muerte. Así que se retiró de la boca de la cueva gruñendo, y cuando estuvo claro gritó:

“Cada perro ladra en su propio patio! Veremos qué dirá el Paquete sobre esta crianza de cachorros de hombre. El cachorro es mío, y a mis dientes

llegará en el final, ¡oh ladrones de cola de mala suerte!”

La Madre Loba se tiró al suelo jadeando entre los cachorros, y el Padre Lobo le dijo a ella gravemente:

“Shere Khan dice la verdad en esto. El cachorro debe ser mostrado al Paquete. ¿Todavía lo mantendrás, Madre?”

“¡Manténlo!” exclamó. “Llegó desnudo, por la noche, solo y muy hambriento; sin embargo, no estaba asustado. ¡Mira, ya ha empujado a uno de mis bebés a un lado! Y ese carnicero cojo habría matado a ese niño y habría huido hacia Waingunga mientras los aldeanos aquí buscaban por todas nuestras guaridas en venganza. ¡Manténlo! ¡Por supuesto que lo mantendré! ¡Queda quieto, pequeño sapo! ¡O tú, Mowgli—porque Mowgli el Sapo te llamaré—el tiempo llegará en que cazarás a Shere Khan como él te ha cazado.”

“¿Pero qué dirá nuestro Pack?” dijo el Padre Lobo.

La Ley de la Selva establece muy claramente que cualquier lobo puede, cuando se casa, retirarse del Pack al que pertenece. Pero tan pronto como sus cachorros sean lo suficientemente grandes como para caminar sobre sus patas, debe llevarlos al Consejo del Pack, que generalmente se celebra una vez al mes en luna llena, para que los demás lobos puedan identificarlos. Después de esa inspección, los cachorros están libres de correr donde deseen, y hasta que no hayan matado su primer ciervo, no se acepta excusa si un lobo adulto del Pack mata a uno de ellos. La pena es la muerte donde se pueda encontrar al asesino; y si piensas durante un minuto, verás que esto debe ser así.



El ‘Roca del Consejo’

El Padre Lobo esperó hasta que sus cachorros pudieran correr un poco, y luego, en la noche de la Reunión del Pack, los llevó y a Mowgli y a la Madre Loba a la Roca del Consejo—a un cerro cubierto de piedras y rocas donde cien lobos podían esconderse. Akela, el gran lobo gris solitario, que lideraba a todo el Pack por fuerza y astucia, se extendió a lo largo de su roca, y debajo de él sentados cuarenta o más lobos de todos los tamaños y colores, desde veteranos de color de armiño que podían manejar un ciervo solo hasta jóvenes negros de tres años que pensaban que podían. El lobo solitario había liderado a los lobos durante un año ahora. Había caído dos veces en una trampa de lobos en su juventud, y una vez había sido golpeado y dejado para muerto; así que conocía los modos y costumbres de los hombres. Había muy poco hablar en la Roca. Los cachorros se tumbaban unos sobre otros en el centro del círculo donde sus madres y padres sentados, y de vez en cuando un lobo mayor se acercaría a un cachorro, lo miraría cuidadosamente, y regresaría a su lugar con pasos silenciosos. A veces una madre empujaría a su cachorro muy lejos hacia la luz de la luna para asegurarse de que no lo habían pasado por alto. Akela desde su roca gritaría: “Sabéis la Ley—sabéis la Ley. Mirad bien, O Lobos!” Y las ansiosas madres tomarían el grito: “Mirad—mirad bien, O Lobos!”

Al final—y la nuca de la Madre Loba se erizó como llegaba el momento— el Padre Lobo empujó a “Mowgli el Sapo”, como lo llamaban, al centro,

donde se sentó riendo y jugando con algunas piedras que brillaban en la luz de la luna.

Akela nunca levantó la cabeza de sus patas, pero siguió con el grito monótono: “Mirad bien!” Un rugido amortiguado subió desde detrás de las rocas—la voz de Shere Khan gritando: “El cachorro es mío. Dádmelo. ¿Qué tienen que ver los Pueblos Libres con un cachorro de hombre?” Akela ni siquiera se movió las orejas. Todo lo que dijo fue: “Mirad bien, O Lobos! ¿Qué tienen que ver los Pueblos Libres con las órdenes de cualquier salvo los Pueblos Libres? Mirad bien!”



La reunión en la Roca del Consejo

Hubo un coro de gruñidos profundos, y un joven lobo de su cuarto año lanzó la pregunta de Shere Khan a Akela: “¿Qué tienen que ver los Pueblos Libres con un cachorro de hombre?” Ahora, la Ley de la Selva establece que si hay algún desacuerdo sobre el derecho de un cachorro a ser aceptado por el Pack, debe ser hablado por al menos dos miembros del Pack que no sean su padre y madre.

“¿Quién habla por este cachorro?” dijo Akela. “¿Entre los Pueblos Libres quién habla?” No hubo respuesta y la Madre Loba se preparó para lo que sabía que sería su última lucha, si las cosas llegaban a la lucha.

Luego, el único otro ser que está permitido en el Consejo del Paquete—Baloo, el oso marrón dormilón que enseña a los cachorros lobos la Ley de la Selva: el viejo Baloo, que puede venir y ir donde le plazca porque solo come nueces y raíces y miel—se levantó sobre sus nalgas y gruñó.

“El cachorro del hombre—el cachorro del hombre?” dijo. “Hablo en nombre del cachorro del hombre. No hay daño en un cachorro del hombre. No tengo regalo de palabras, pero hablo la verdad. Déjalo correr con el Paquete, y que lo incluyan con los demás. Yo mismo lo enseñaré.”

“Necesitamos otro más,” dijo Akela. “Baloo ha hablado, y él es nuestro maestro para los cachorros jóvenes. ¿Quién habla además de Baloo?”

Una sombra negra cayó en el círculo. Era Bagheera el Puma Negro, negro por completo, pero con las marcas del puma que se veían en ciertas luces como el patrón de seda empapada. Todos conocían a Bagheera, y nadie quería cruzar su camino; porque era tan astuto como Tabaqui, tan valiente como el búfalo salvaje, y tan temerario como el elefante herido. Pero tenía una voz tan suave como la miel salvaje que goteaba de un árbol, y una piel más suave que la plumilla.

“O Akela, y vosotros los Pueblos Libres,” susurró, “no tengo derecho a estar en vuestra asamblea, pero la Ley de la Selva dice que si hay una duda que no es un asunto de muerte en cuanto a un nuevo cachorro, la vida de ese cachorro puede ser comprada a un precio. Y la Ley no dice quién puede o no pagar ese precio. ¿Estoy en lo correcto?”

“Bien! Bien!” dijeron los lobos jóvenes, que siempre están hambrientos. “Escuchad a Bagheera. El cachorro puede ser comprado a un precio. Es la Ley.”

“Sabiendo que no tengo derecho a hablar aquí, pido vuestra licencia.”

“Hablad entonces,” gritaron veinte voces.

“Matar a un cachorro desnudo es vergüenza. Además, él puede ser un mejor deporte para vosotros cuando esté crecido. Baloo ha hablado en su nombre. Ahora agregaré una vaca a la palabra de Baloo, y una vaca gorda, recién matada, no a medio kilómetro de aquí, si vais a aceptar al cachorro del hombre según la Ley. ¿Es difícil?”

Hubo un clamor de decenas de voces, diciendo: “¿Qué importancia tiene? Morirá en las lluvias de invierno. Se quemará al sol. ¿Qué daño puede hacer un sapo desnudo a nosotros? Déjalo correr con el Paquete. ¿Dónde está la vaca, Bagheera? Déjalo ser aceptado.” Y luego vino el profundo aullido de Akela, gritando: “Mirad bien—mirad bien, O Lobos!”

Mowgli todavía estaba profundamente interesado en las piedrecitas, y no se dio cuenta cuando los lobos vinieron y lo miraron uno a uno. Al final todos bajaron la colina para la vaca muerta, y solo quedaron Akela, Bagheera, Baloo y los lobos de Mowgli. Shere Khan rugió todavía en la noche, porque estaba muy enfadado de que Mowgli no se le hubiera entregado.

“¡Ay, rugid bien,” dijo Bagheera, bajo sus bigotes, “porque llegará el momento en que este ser desnudo te hará rugir a otro ritmo, o no sé nada de hombre.”

“Fue bien hecho,” dijo Akela. “Los hombres y sus cachorros son muy sabios. Él puede ser una ayuda en el momento oportuno.”



‘Akela’ el lobo solitario

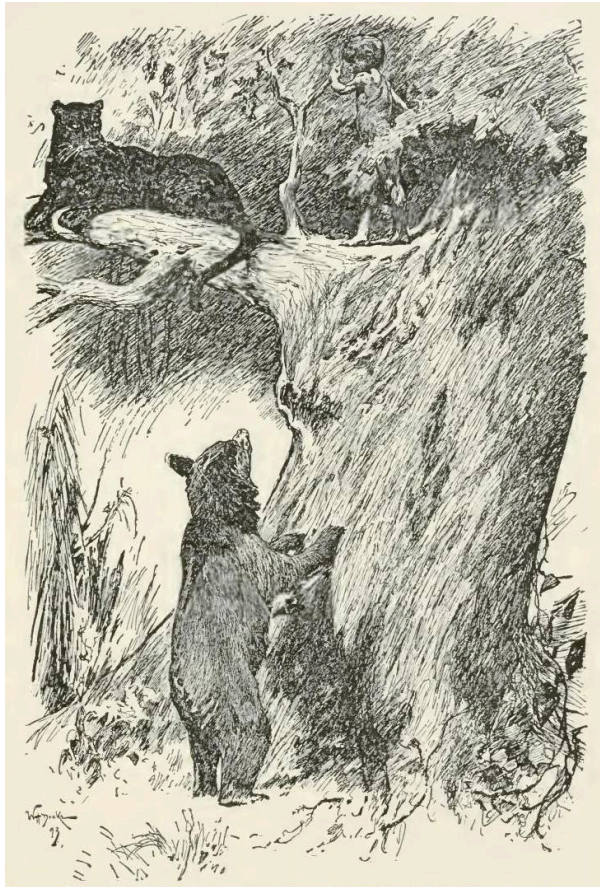
“Verdaderamente, una ayuda en el momento de necesidad; porque nadie puede esperar liderar el Paquete para siempre,” dijo Bagheera.

Akela no dijo nada. Estaba pensando en el momento que llega a cada líder de cada manada cuando su fuerza se va de él y se vuelve más débil y más débil, hasta que finalmente es matado por los lobos y un nuevo líder surge —para ser matado a su vez.

“Llevádmelo,” dijo a Padre Lobo, “y enséñamelo como se debe a uno de los Pueblos Libres.”

Y así es cómo Mowgli fue admitido en la Manada de Lobos de Seeonee a cambio de un toro y por la buena palabra de Baloo.

Ahora debes estar contento con saltarte diez o once años enteros, y solo adivinar sobre toda la vida maravillosa que Mowgli llevó entre los lobos, porque si se escribiera todo, llenaría muchos libros. Creció con los cachorros, aunque, por supuesto, eran lobos casi adultos antes de que él fuera un niño. Y el Lobo Padre le enseñó su negocio, y el significado de las cosas en la jungla, hasta que cada susurro en la hierba, cada respiración del aire cálido de la noche, cada nota de los búhos encima de su cabeza, cada rasguño de las uñas de un murciélago mientras se posaba por un rato en un árbol, y cada salto de cada pequeño pez en una piscina significaban tanto para él como el trabajo de su oficina significa para un hombre de negocios. Cuando no estaba aprendiendo se sentaba al sol y dormía, comía y se dormía de nuevo. Cuando se sentía sucio o caliente se bañaba en las piscinas del bosque; y cuando quería miel (Baloo le dijo que la miel y las nueces eran tan placenteras de comer como la carne cruda) subía a por ella, y que Bagheera le enseñó cómo hacerlo.



Bagheera se acostaba en una rama y llamaba, “Vamos, hermanito pequeño.”

Bagheera se acostaba en una rama y llamaba, “Vamos, hermanito pequeño,” y al principio Mowgli se aferraba como el oso hormiguero, pero después se lanzaba a través de las ramas casi con la misma valentía que el mono gris. Tomaba su lugar en la Roca del Consejo, también, cuando el Paquete se reunía, y allí descubrió que si miraba fijamente a cualquier lobo, el lobo se vería obligado a bajar los ojos, y así usaba a menudo para divertirse. En otras ocasiones sacaba las largas espinas de los pies de sus amigos, porque los lobos sufren terriblemente de espinas y cardos en sus pelajes. Se bajaba por la ladera del cerro hacia las tierras cultivadas por la noche, y miraba con mucha curiosidad a los campesinos en sus chozas, pero tenía un desconfianza de los hombres porque Bagheera le mostró una caja cuadrada con una puerta de caída tan astutamente escondida en la jungla que casi se topó con ella, y le dijo que era una trampa. Le gustaba más que nada ir con Bagheera al corazón cálido y oscuro del bosque, a dormir todo el día adormecido y por la noche ver cómo Bagheera hacía su caza. Bagheera mataba a la izquierda y a la derecha según se sentía

hambriento, y así también lo hacía Mowgli—con una excepción. Tan pronto como fue lo suficientemente mayor como para entender las cosas, Bagheera le dijo que nunca debía tocar ganado porque había sido comprado al Paquete al precio de la vida de un toro. “Toda la jungla es tuya,” dijo Bagheera, “y puedes matar todo lo que seas lo suficientemente fuerte como para matar; pero por el sake del toro que te compró debes nunca matar o comer ningún ganado joven o viejo. Eso es la Ley de la Jungla.” Mowgli obedeció fielmente.

Y creció y se hizo fuerte como un niño debe crecer que no sabe que está aprendiendo ninguna lección, y que no tiene nada en el mundo para pensar excepto cosas para comer.

La Madre Loba le dijo una o dos veces que Shere Khan no era una criatura en la que se podía confiar, y que algún día debía matar a Shere Khan. Pero aunque un joven lobo habría recordado ese consejo cada hora, Mowgli lo olvidó porque era solo un niño—aunque él habría llamado a sí mismo un lobo si hubiera podido hablar en cualquier idioma humano.

Shere Khan siempre cruzaba su camino en la jungla, porque como Akela se hacía más viejo y débil el tigre cojo había llegado a ser amigo de los lobos jóvenes del Paquete, que lo seguían por restos, algo que Akela nunca habría permitido si hubiera osado ejercer su autoridad dentro de los límites adecuados. Luego Shere Khan los halagaría y se maravillaría de que tales jóvenes cazadores fueran contentos de ser liderados por un lobo moribundo y un cachorro de hombre. “Me dicen,” decía Shere Khan, “que en el Consejo no os atrevéis a mirarlo entre los ojos.” Y los lobos jóvenes gruñirían y se erizarían.

Bagheera, quien tenía ojos y oídos en todas partes, sabía algo de esto, y una vez o dos veces le dijo a Mowgli en palabras claras que Shere Khan lo mataría algún día. Mowgli se reía y respondía: “Tengo al Paquete y tengo a ti; y Baloo, aunque es tan perezoso, podría dar un golpe o dos por mi causa. ¿Por qué debería tener miedo?”

Fue un día muy cálido que una nueva idea vino a Bagheera—nacida de algo que había oído. Quizás Ikki el Puercoespín le había dicho; pero le dijo a Mowgli cuando estaban profundamente en la jungla, mientras el niño yacía con su cabeza en la hermosa piel negra de Bagheera, “Hermano pequeño, ¿cuántas veces te he dicho que Shere Khan es tu enemigo?”

“Así como hay nueces en esa palmera,” dijo Mowgli, quien, naturalmente, no podía contar. “¿Y qué? Estoy dormido, Bagheera, y Shere Khan es todo cola larga y charla alta—como Mao, el Pavo.”

“Pero esto no es momento para dormir. Baloo lo sabe; yo lo sé; el Paquete lo sabe; y hasta los cervatillos tontos, tontos lo saben. Tabaqui también te lo ha dicho.”

“¡Ho! ¡ho!” dijo Mowgli. “Tabaqui vino a mí hace poco con algunas palabras groseras de que era un cubo de hombre desnudo y no era apto para cavar castañas de cerdo. Pero le agarré a Tabaqui por la cola y lo lancé dos veces contra un árbol de palmera para enseñarle mejores modales.”

“Eso fue necedad, porque aunque Tabaqui es un tramoyista, te habría dicho algo que te concernía estrechamente. Abre esos ojos, Hermano pequeño. Shere Khan no se atreve a matarte en la jungla. Pero recuerda, Akela es muy viejo, y pronto llega el día en que no podrá matar su ciervo, y entonces ya no será líder. Muchos de los lobos que te miraron cuando fuiste llevado al Consejo por primera vez son viejos también, y los lobos jóvenes creen, como Shere Khan les ha enseñado, que un cubo de hombre no tiene lugar con el Paquete. En poco tiempo serás un hombre.”

“Y ¿qué es un hombre que no pueda correr con sus hermanos?” dijo Mowgli. “Nací en la jungla. He obedecido la Ley de la Jungla, y no hay lobo nuestro de cuyas patas no haya sacado una espina. ¡Seguro que son mis hermanos!”

Bagheera se estiró a toda su longitud y medio cerró los ojos. “Hermano pequeño,” dijo él, “siente debajo de mi mandíbula.”

Mowgli levantó su mano fuerte y morena, y justo debajo de la barbilla de Bagheera, donde los enormes músculos rodantes estaban todos escondidos por el cabello brillante, encontró un pequeño lunar.